

# El inconsciente y/es el tiempo

Sidi Askofaré

Traducción de Ramon Miralpeix

El tiempo falta –se repite constantemente. Ahora bien, hace falta tiempo, mucho tiempo para pensar el psicoanálisis en su tiempo y el tiempo en el psicoanálisis.

Del tiempo en el psicoanálisis, hay, eso parece, poco por decir hoy, tanto como el tema ha sido recorrido y balizado. Estamos lejos, en efecto, del tiempo en que nos sentíamos encerrados en la paradoja aparente que nos hacía decir por un lado –con Freud- que “el inconsciente no conoce el tiempo”, y por otro –con Lacan- que éste se manifiesta como una “pulsación temporal”. La oposición es de entrada fecunda, pues hace aparecer que donde Freud trata de las propiedades de un inconsciente-sistema, Lacan convoca principalmente –si no exclusivamente- el inconsciente tal como se despliega en el proceso de la cura psicoanalítica.

Entonces, el tiempo concierne triplemente al psicoanálisis.

De entrada, en el plano clínico. En efecto, no fue el mérito menor de Freud haber concebido, para capturar lo “intemporal” del inconsciente-lenguaje, este ingenioso dispositivo fundado no sólo en la palabra –despliegue y puesta en función temporal del lenguaje- sino también el manejo del tiempo como variable en la transferencia. No sin exceso, por otra parte, a veces, como lo señalaba con justeza Lacan a propósito del “hombre de los lobos”: “Es más, con una audacia que linda con la desenvoltura, declara que considera legítimo hacer en el análisis de los procesos la elisión de los intervalos de tiempo en que el acontecimiento permanece latente en el sujeto. Es decir que anuda los tiempos para comprender en provecho de los momentos de concluir que precipitan la meditación del sujeto hacia el sentido que ha de decidirse del acontecimiento original.” (Escritos I, p 246)

Pasemos sobre este “que siéndolo, hace falta el tiempo de hacerse a ser” y sobre este que “hace falta tiempo para que Wo es war, soll Ich werden.”

El psicoanálisis está concernido también por el tiempo como tiempo histórico, aunque fuera sólo por los discursos con los cuales circula –fundamentales o no, los discursos de la ciencia y del capitalismo tienen su valor y sobretodo los sujetos sufrientes que se le dirigen llevan su marca. ¿Podemos olvidar que es en el mismo momento en que Lacan anuda por primera vez el “fin del análisis didáctico” al “compromiso del sujeto en su práctica” que advirtió, a propósito de la función del analista: “Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época.” (Op Cit p 309)?

Seguidamente el plano ético.

El psicoanálisis, lo sabemos, debe mucho –si no todo- a la ciencia que es a la vez la proveedora del sujeto sobre el que opera, su condición epistémica y, por sus consecuencias –Kant-, su condición ética. Queda pero, que ella, la ética, no sabría seguir a la ciencia en su rebajamiento de la vida humana a la pura vida biológica sin disolverse como práctica y como discurso. Que una vida tenga su calificación de humana por su toma y su despliegue en el lenguaje, tiene su acuerdo fuerte con la máxima de Sócrates: “Una vida no interrogada no es digna de ser vivida”. El examen, la interrogación socrática no es la misma que la analítica; las dos requieren no obstante, el tiempo y el lenguaje, la puesta en discurso, es decir, la puesta en relato. Para el psicoanálisis este tiempo ha oscilado entre duración y fulgor. Ha podido tomar la forma de curas cortas

con sesiones largas, a partir de su orientación hacia la búsqueda del sentido y la conquista de la verdad; Ha podido también tomar la forma de curas largas con sesiones cortas cuando se ha orientado por el acto y hacia lo real.

En ambos casos se mantiene que no se trata de "vivir para contar" según el bello título de las Memorias de Gabriel García Márquez, sino de hystorizar su vida ordenándola, no a partir del tiempo del universo de la precisión –tiempo de la ciencia y del capitalismo también- sino a partir de la "palabra que dura" y que da razón de la operación propiamente hystorizante que sólo un psicoanálisis hace efectiva: "Lo que se realiza en mi historia no es el pretérito-definido de lo que fue, puesto que ya no es, ni siquiera el perfecto de lo que ha sido en lo que yo soy, sino el futuro anterior de lo que yo habré sido para lo que estoy llegando a ser." (Op Cit p-288)

En el plano de la estructura en fin, si "desestructuralizamos" eso para guardar sólo el esbozo: el lenguaje. Es el principio de la solución lacaniana a la cuestión del tiempo y se sabe que está ahí desde el principio. Tiene esta solución finalmente en la oposición finalmente tan simple entre el inconsciente como lugar del Otro –sincronía- y el inconsciente como discurso del Otro –diacronía-, inconsciente como historia. De manera que la atemporalidad freudiana del inconsciente sólo puede querer decir una cosa: el carácter no alterable de sus contenidos, si uno está de acuerdo con Heidegger para decir que "el tiempo se reencuentra de entrada en el siendo que se altera. La alteración está en el tiempo". Lo que, aplicado al inconsciente, Lacan traducirá y reducirá en una sobria: "indestructibilidad de ciertos deseos" (Op Cit. p. 499)

Y por una razón evidente: si la afinidad y la congruencia de esta tesis con el inconsciente freudiano parecen evidentes, deviene como mínimo problemática desde que el inconsciente deviene lacaniano, es decir, real: "el inconsciente (que no es lo que se cree, yo digo: el inconsciente, sea real, para creerme)" (Autres écrits, p. 571)

En efecto, ¿cómo excluir el tiempo del concepto de inconsciente después de ese último, incluyendo a Freud por otra parte, es indisolublemente memoria y principio de repetición? ¿No sería necesario, al contrario, llegar a decir que el inconsciente es obra del tiempo, o sea que el inconsciente es el tiempo?

El plano clínico a continuación.

(Toulouse, France)